

Frédérique MORAND, *El manto y el cálamo. La Hija del Sol y su comunidad en la segunda mitad del XVIII en Cádiz*, Sevilla, Caligrama, 2022, 638 págs.

Con este libro concluye la trilogía que la investigadora Frédérique Morand se propuso escribir sobre la renombrada poetisa gaditana María Gertrudis Hore y Ley, la Hija del Sol, de la que es la máxima especialista actualmente y a la que dedicó su primera tesis doctoral en la Universidad de París VIII. En 2004 publicó *Doña María Gertrudis Hore (1742-1801), vivencia de una poetisa gaditana entre el siglo y la clausura*, estudio que había obtenido un año antes el Premio de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales «María Isidra de Guzmán» y, en 2007, la recopilación de sus obras en *Una poetisa en busca de libertad, María Gertrudis Hore y Ley (1742-1801). Miscelánea y taracea de versos, prosas y traducciones*.

Lo que ahora nos presenta es el resultado final de su investigación, que incluye aquellas referencias menos analizadas o descartadas en sus publicaciones anteriores, pero que explican parte de la vida de la poetisa. Como nos informa en la Introducción, este libro rellena un hueco: «Faltaba una vertiente sin explorar, la de su existencia en la clausura, mejor dicho, faltaba excavar más a fondo en sus experiencias monásticas» (pág. 28).

Frédérique Morand desarrolla a lo largo de los cinco capítulos de *El manto y el cálamo* no solo sus conclusiones —fruto de una profunda reflexión y perfectamente apoyada en fuentes archivísticas fundamentalmente inéditas que ha podido recabar a lo largo de los años— sobre los aspectos biográficos peor conocidos de la gaditana, sino que describe también sus propias sensaciones durante el proceso investigador —y ahí reside parte de la originalidad de este libro—, al formar parte del relato. La autora narra minuciosamente la trastienda de este proceso, aquello que no aparece normalmente en los libros académicos, pero que forma parte del bagaje personal de cualquier «investigadora incorregible»



como ella misma se denomina, que disfruta y se deleita en desempolvar legajos arrinconados con el tiempo, en descifrar manuscritos a veces casi ilegibles, en interrogar a los documentos y todo lo que conlleva la investigación histórica basada en fuentes primarias.

Entusiasta seguidora de Arlette Farge, la autora nos describe aspectos como la búsqueda y descubrimiento de documentación dispersa y desordenada, las impresiones al leer notas y escritos olvidados de la protagonista y de otros personajes con los que se relacionó y la emoción al reconocer su letra. Las vicisitudes expresadas en los documentos, su desaparición por diversas circunstancias, sus deducciones sobre la leyenda que envuelve la vida de esta gaditana ilustre se entrelazan perfectamente en un libro que, sin perder rigurosidad, tiene mucho de personal. Su propósito está plenamente conseguido: «Teníamos una documentación manuscrita de primera para intentar representarnos la interioridad de esta escritora de renombre y reintroducirla en el contexto de la sociedad gaditana» (pág. 561).

Por otra parte, la investigadora está siempre muy atenta a cualquier pista con la que avanzar en el conocimiento de la monja poetisa, ya sea en documentos burocráticos, generados por los diferentes puestos administrativos que desarrolló en el convento, notariales, a través de poderes, transacciones, autorizaciones, testamentos, etc. como también en sus obras literarias, fundamentalmente en su corpus poético. Frente a la tendencia de parte de la comunidad científica de desvincular a la persona de su obra, de aislar los textos de los personajes, Frédérique Morand justifica por qué considera la escritura de la Hija del Sol como un reflejo de su pensamiento y de su experiencia vital y personal (pág. 29). Probablemente, debido a sus peculiares circunstancias biográficas y a su necesidad de expresarse, no solo a consecuencia de su encierro conventual sino desde años antes, la Hija del Sol habló mucho de ella misma a través de sus poemas, razón por la cual resulta casi imposible separar su vida de su obra.

Este libro no es solo la reconstrucción de la experiencia monástica de la poetisa gaditana, sino que es un retrato colectivo de un grupo de mujeres que vivían en un espacio concreto como era el monasterio de Santa María del Arrabal en el Cádiz del último tercio del siglo XVIII. Las monjas formaron parte del espacio urbano, mucho más de lo que a priori se podría pensar. «La comunidad de concepcionistas calzadas de Cádiz fue testigo privilegiado de los tiempos que fluían desde su fundación: las monjas participaron en la transformación social e ideológica de la sociedad gaditana» (pág. 139). El devenir de esta comunidad religiosa femenina contribuye al conocimiento de la historia cotidiana tras las celosías, en espacios cerrados a las miradas de sus contemporáneos. Un microcosmos rico y sugestivo con sus propios problemas de convivencia. Las

resistencias y conflictos por la implantación de la vida en común demuestran que estas mujeres estaban dispuestas a alzar la voz ante lo que consideraban injusto —incluso ante el rey si era necesario—. Las «monjas azules» no eran un grupo anónimo, monocorde e indiferenciado. Tenían sus propios problemas y fricciones y nunca vivieron de espaldas al «siglo». El convento estuvo siempre lleno de seglares recogidas allí por diversas circunstancias. Estas eran, a la vez, una fuente de ingresos, una imposición de las autoridades civiles y religiosas y un motivo de discordia. Los conflictos que esta presencia provocaba en la comunidad descubren nuevos enfoques sobre las relaciones entre poder civil y religioso, sobre la represión de los comportamientos femeninos, la moralidad, etc.

Con el título «Cádiz, la “Babilonia”», la autora nos introduce en la ciudad cosmopolita del siglo XVIII, favorecida por su situación geográfica privilegiada. La urbe atlántica, portuaria, comercial, abigarrada, encerrada en el recinto amurallado, llena de población flotante en la que nació y vivió María Gertrudis Hore. Sus orígenes irlandeses —una comunidad con una influencia decisiva en la vida mercantil gaditana—, su educación, su disconformidad con un matrimonio impuesto y, sobre todo, el fallido segundo casamiento de su madre demuestran que los comportamientos de ambas «contenían los gérmenes de la emancipación de las mujeres, los cimientos y las causas del proceso de mutación social» (pág. 95).

En el capítulo II, «La elección de monasterio», Frédérique Morand analiza las posibles causas de la incorporación de la poetisa a la vida religiosa —no exenta de excepcionalidad, al tratarse de una mujer casada— en el cenobio gaditano de Santa María del Arrabal. La investigación desvela con datos objetivos las condiciones para su reclusión, las circunstancias de su admisión y el periodo del noviciado, alejándose del halo de misterio que siempre le ha rodeado desde que protagonizase uno de los cuentos de Cecilia Böhl de Faber, casi 50 años después de su fallecimiento. Buena parte de los interesados en su figura habían recogido de la ficción, a falta de información real, la explicación a lo que se había considerado un comportamiento inusual. No obstante, «Una firma desolada, angustiada, irrepitable, insólita, cuya affligida tinta desvelaba un alma atormentada» (pág. 160) parece indicar que el ingreso de María Gertrudis Hore en el convento pudo ser algo traumático para ella. En su poesía y la de sus amigos, se asoció la muerte al amor y a su toma de hábito (pág. 251).

A continuación, la autora de este trabajo nos desvela la vida cotidiana y material de la monja gaditana, su relación con el beato Diego José de Cádiz y la reconstrucción del proceso creativo en sus obras religiosas. El rastro documental que dejó cuando desempeñó diferentes oficios conventuales aporta datos significativos sobre su personalidad que Frédérique Morand va descubriendo con acierto. Su biblioteca, la reconstrucción de su celda con su mobiliario, el

inventario de sus posesiones materiales, entre otros aspectos, ponen de manifiesto que «vistió el velo de la religión, pero no abandonó del todo sus costumbres, ni tampoco la calidad de su vida anterior, la de una seglar de la alta sociedad gaditana» (pág. 201). La madre Gertrudis de la Cruz Hore compartió celda con otras mujeres y niñas seglares y tuvo al menos una criada a su servicio. Su deseo de formar parte de la «República de las Letras» se evidencia en su conocimiento de los mecanismos editoriales dieciochescos, al publicar tanto en prensa como mediante folletos sueltos, valorados positivamente por la censura gubernativa. Pese a que la falta de una autobiografía espiritual, o de sus experiencias místicas, la aleja de los ejemplos más comunes de escritura conventual femenina por mandato del confesor, sin embargo, su producción religiosa ocupa un lugar relevante en la literatura espiritual. En cuanto a la calidad de su obra profana, su talento fue valorado por sus propios contemporáneos, lo que la sitúa con pleno derecho entre las más importantes voces femeninas del siglo de las Luces.

Bajo el título «Las vicisitudes del cambio» y «Conflictos e insurgencias», capítulos cuarto y quinto, respectivamente, la autora se adentra en el espacio monástico femenino, que llegaron a compartir 116 personas, 67 ajenas a la clausura, además de 5 hombres (pág. 329). Este conjunto humano encerrado en un espacio relativamente pequeño producía inevitablemente trastornos, que sucesivamente va estudiando Frédérique Morand: la vida privada frente a la vida común, la utilización del espacio cenobítico como instrumento no solo de la monarquía absoluta para el control del honor y la virtud femeninas —«el claustro se presentaba como el último bastión de la moralidad» (pág. 558)— sino también de las autoridades eclesiásticas. El uso de los conventos como depósito, del que Santa María del Arrabal es un buen ejemplo, convertía a las monjas en vigilantes y custodias de féminas encerradas, a veces contra su voluntad, mientras se resolvían sus procesos judiciales de adulterio o separación y mientras sus parientes cercanos emprendían largos viajes ultramarinos. Estas mujeres y niñas, en ocasiones difíciles de gobernar, con dificultades para someterse a las costumbres y comportamientos de la vida monástica, provocaban distorsiones en el funcionamiento de la comunidad. Las religiosas alzaron su voz enérgica contra estas prácticas impuestas por las autoridades. «No estábamos ante unas mujeres débiles, ante unas mujeres sumisas, tampoco ante unas ignorantes, sino ante unas féminas respetadas e instruidas, capaces de defenderse por sí solas, con un potencial de reacción manifiesto» (pág. 355). Completamente integradas en la sociedad de su tiempo, su capacidad de negociación se puso de manifiesto a través de los escritos reivindicativos que enviaron fuera de los muros claustrales. Libertad contra sumisión, dominación frente a rebeldía son dos caras de la misma moneda que demuestran como «la moral atlántica se adentró en la clausura

gaditana como el viento de levante traspasa ventanas y puertas por mucho que estén cerradas» (pág. 417). La secularización, como afirma Frédérique Morand, fue un proceso complejo, paulatino en el tiempo, que penetró lentamente en las clausuras, antes incluso de que se acuñara el término.

En conclusión, en este sugerente y bien argumentado estudio de Frédérique Morand —excelente colofón de sus trabajos anteriores— emerge la voz enérgica y potente de María Gertrudis Hore y Ley, una de las literatas más reconocidas de la Ilustración española. La investigadora francesa saca el máximo jugo posible de la documentación a la que ha tenido acceso, encontrada muchas veces de manera azarosa, trazando la imagen de una mujer que, a pesar de su retiro conventual, no dejó de manifestarse públicamente. No obstante, como afirma la autora: «Pagó un alto precio por desafiar las reglas de la sociedad del Antiguo Régimen. Aspirar al amor en libertad y ser una mujer de la alta sociedad, era obviamente, correr el riesgo del encierro perpetuo. El monasterio de las calzadas en Cádiz se transformó en la alegoría arquitectónica de su muerte civil, en el estigma del castigo para las féminas de alto rango en el siglo XVIII» (pág. 251). El convento, trasunto de edificio y comunidad, acompañó la vida de esta gaditana que no renunció del todo al «siglo» pese a vivir más de 20 años en el retiro monástico.

Al final del ensayo *El manto y el cálamo* se incluyen varios anexos con relaciones de correspondencia y manuscritos de la gaditana, poemas seleccionados, relaciones de listas y biografías de las religiosas coetáneas, etc. Toda esta documentación puede consultarse íntegramente en la página web del proyecto personal de la autora ([www.elproyectoazul.es](http://www.elproyectoazul.es)). En el contexto actual editorial, el recurso a las nuevas tecnologías para añadir documentación que difícilmente puede tener cabida en un libro en papel, sobre todo si se trata de una autoedición, resulta una manera original y adecuada de que los lectores interesados puedan acceder a fuentes que, de otra manera, les resultarían prácticamente inaccesibles.

ELISA MARTÍN-VALDEPEÑAS YAGÜE